

C A P Í T U L O

2



El sueño me evadía, como de costumbre. Merodeaba fuera de mi alcance como una Hada del Norte demarcada, tímida y de mirada vacía.

El cuerpo pequeño y ágil de Ovie estaba acurrucado contra el mío, con nuestros pies apuntando en dirección a un fuego casi extinto. Podía sentir su respiración profunda en sincronía con la mía. Estábamos a diez o quince kilómetros de un pueblo llamado Hail. Allí habría algún trabajo de muerte para nosotras, si lo queríamos. Y, a juzgar por el poco dinero que tenía en la bolsa en mi cintura, lo necesitábamos. La moneda de la mujer de Íber sería suficiente para conseguir comida y cerveza en la posada al día siguiente; un buen cambio después de toda el agua de río y los conejos salvajes.

Reposé mi mejilla sobre la cabeza de Ovie. Su cabello tupido de un tono dorado blancuzco olía a nieve. Toda ella olía a nieve. Nieve y añil del Ártico. De vez en cuando, se teñía las puntas de su cabello con hojas del fragante añil norteno hasta que se tornaba tan azul como cielo de invierno. Le quedaba bien.

Todas creíamos que Ovie era la más grande de nosotras, quizás tenía diecinueve años, veinte, pero

nunca me dijo su edad. Algo en su tranquilidad la hacía parecer más sabia.

Pero, a pesar de toda su sabiduría, por las noches, se recostaba sobre mis brazos como una niña.

Juniper una vez me comentó que creía que lo hacía porque tenía pesadillas, posiblemente de la vez que perdió el ojo.

Detrás de mí, la Bruja del Mar se movía en sueños. Estaba acurrucada con su espalda contra la mía, haciendo que sus rulos sirvieran de almohada para ambas. A diferencia de Ovie, Juniper tenía un suave aroma a sal, especialmente por la Flor de Sal que los framencos recolectaban del mar y secaban al sol. Había probado un poco una vez en un Gran Salón. Recuerdo los copos brillantes sobre una pierna rostizada de venado cuando habíamos sido invitadas a un festín como forma de pago por nuestros servicios: el hijo moribundo de un sirviente que, para el jarl, se estaba tomando mucho tiempo en morir.

Runa estaba por su cuenta, como era usual, con sus largas piernas estiradas hacia la oscuridad. El resto siempre dormíamos juntas, envueltas en nuestras capas. Eran resistentes y gruesas, por lo que servían como cobijas y como camas.

Dormir juntas como perros, manteniéndonos cálidas entre nosotras durante la noche... me transmitía seguridad. Sabía lo que se sentía dormir sola. Recuerdo las horas largas y solitarias que había pasado a la intemperie luego de haber escapado de la Casa de la Alegría. Dormir bajo los árboles, acurrucarme sola, sin nadie a quién acudir, sin ningún lugar a donde ir. Parecía haber sido hacía solo un instante.

Oí a alguien moverse. Trigve se levantó y arrojó otro leño al fuego.

Tenía el cabello largo, como la mayoría de los hombres vórdicos, mechones negros atados con tiras de cuero o sueltos sobre los hombros. La



gente por lo general pensaba que Trigve y Runa eran hermanos, aunque sus personalidades fueran tan diferentes como la nieve y la sangre.

Trigve había nacido tres semanas antes del festival de Ostara, durante los últimos días remanentes del invierno, por lo que su mente resultó ser fuerte, ágil y alegre, como una ventisca invernal proveniente del mar que revuelve la nieve. Tenía un temperamento sereno pero serio, con el corazón compasivo de un sanador. Era el más alegre de nosotras, tanto como los Quicks, los famosos arqueros que rondaban los Siete Bosques Eternos.

Juniper también tenía este espíritu animado, pero no Runa y Ovie.

Juniper había dicho una vez que Runa y Ovie entendían la oscuridad y la llevaban en su interior, pero que Trigve la rechazaba y la convertía en luz. La Bruja del Mar me había mirado en ese momento, con las manos sobre la cintura y las cejas levantadas, como si estuviera diciendo *¿Y tú qué eres, Frey? ¿Oscuridad o luz?*

El invierno pasado, habíamos encontrado a Trigve sentado junto a una caravana destruida, la única persona con vida en el pueblo de Dorrit. No tenía familia, ni hogar, como el resto de nosotras. Yo había perdido a mis propios padres cuando tenía doce por la enfermedad de la nieve. Mi padre había sido un pescador y constructor de barcos, y mi madre una tejedora. Luego de su muerte, el hermano de mi padre me vendió a una Casa de la Alegría, en donde lavaba la ropa y limpiaba los suelos, hasta que fui lo suficientemente grande como para proveer otros servicios. Cuando la Dama de la Alegría, una mujer pelirroja que parecía amable pero que no lo era, me dijo que estaba lista para pasar de la cocina a la habitación, me escabullí por la ventana y corrí. Lo hice hasta que encontré a Siggy.

El otoño había comenzado nuevamente; las noches se tornaron más frías y crudas. El verano en las Tierras Vórdicas era radiante y corto, ya que

duraba solo de diez a doce semanas, no más que eso. Temía la llegada del invierno; el anterior había sido particularmente difícil. Vimos no menos de seis cuerpos azules en nuestros viajes, congelados en la nieve cerca de las cenizas de una fogata extinta hacía ya tiempo. A menudo me preocupaba que nuestro fuego se extinguiera alguna noche; solo bastaría una fuerte ráfaga de viento y nos congelaríamos hasta la muerte en sueños. Pero Runa tenía talento para el fuego; podía obtener chispas sobre madera húmeda en la noche más fría y mantener las llamas vivas hasta el amanecer.

–Tienes fulgor –le dijo Juniper a Runa una vez, pocos días luego de unirse a nuestro grupo; la Bruja del Mar fue la última muchacha que Siggy reclutó antes de morir.

Runa se encogió de hombros y tomó la pequeña caja de madera que contenía su pedernal, barra de metal, tela de carbón y madera.

–Lo que tú llamas truco, las Brujas del Mar lo llamamos fulgor –le explicó Juniper, levantando su brazo y llevándose un puño al corazón–. Un fulgor es un regalo espiritual de la diosa Jute. No deberías subestimarlo.

–¿Qué te hace pensar que lo subestimo? –preguntó Runa, quien se inclinó y sopló sobre una chispa hasta que la madera prendió fuego–. ¿Por qué simplemente no rezas para encender un fuego si eres tan devota a Jute? Me ahorrarías la molestia.

Juniper se encogió de hombros.

–Las oraciones son engañosas. Y son para dar, no para recibir.

Runa la miró fijo por un largo tiempo.

–¿En serio? –preguntó con un tono fuerte, aunque su expresión era serena.

Juniper simplemente sonrió y en ese momento Siggy supo que estaba en lo cierto, esta pequeña muchacha de orejas grandes y ojos grandes grisáceos sería una buena adición a las Mercies. Era un contraste



dulce y sincero para el escepticismo que Runa tenía tan arraigado en su interior.

Aunque tampoco Ovie y yo rezábamos mucho; por lo general, el ciudadano vórdico promedio no era extremadamente religioso. Como pueblo, las súplicas no nos llegaban con tanta facilidad. Existían algunas excepciones; las monjas Gothi, las Brujas del Mar, y un puñado de jarls devotos; pero en general no recurríamos a estas a menos que fuera de extrema necesidad.

Cuando lo hacía, le rezaba a Valkree, la bella, silenciosa y misteriosa diosa de las Mercies Deshuesadas y todas las viajeras errantes. Se decía que sentía una empatía especial hacia nosotras. Siggý me había enseñado a rezar cuando me había encontrado; era parte del entrenamiento para convertirme en una Mercy. Me había enseñado a rezar tanto como a cortar una garganta con rapidez y sutileza, cuando me hacía practicar con conejos y ardillas, como a ser paciente y silenciosa, cuando me hacía rastrear lobos y zorros hasta sus madrigueras.

Pero las oraciones parecían ser más sobre miedo y adoración, y no sobre fuerza y propósito, y yo nunca estuve hecha para la devoción pasiva.

Juniper susurró algo dormida y sentí su cabello moverse detrás de mi cuello. Ella era la más joven, tenía quince años, y también la más pequeña. Pero tenía bastante control sobre sí misma. Era tan ligera como el viento y casi nunca sentía vergüenza a la hora de robar. Podía robarte la ropa a tus espaldas y apenas te darías cuenta hasta sentir la fría brisa deslizarse sobre tu piel. Cuando las trampas de Ovie fallaban, Juniper entraba en acción. Robaba gallinas por la noche, escurriéndose entre perros guardianes peludos sin emitir ni un sonido. Una vez robó una vaca colorada, dormida, de ojos castaños amables cuando el granjero

le dio la espalda. Tuvimos leche fresca durante una semana antes de cambiársela a un zapatero por unas botas de cuero forradas con lana, un par para cada una. Esas botas evitaron que nuestros pies se congelaran el invierno pasado y fueron la razón por la que aun conserváramos nuestros dedos.

Pensé en lo que yo había robado: un mechón de cabello de la mujer de Íber. Una persona no está realmente muerta siempre y cuando haya alguien, en algún lugar, que la recuerde. Los recuerdos te hacen inmortal. Es por eso que los hombres iban a la guerra. Es por eso que zarparon en sus barcos y asaltaron las tierras de Elshlandia, antes de que el oro se acabara. Arriesgaron sus cortas vidas mortales por el eterno resplandor de la inmortalidad. Por la oportunidad de ser un héroe en el canto de algún bardo.

Runa decía que las guerras eran estúpidas. Juniper se encogía de miedo ante las vidas desperdiciadas, ante todas las historias perdidas. Trigve decía que eran crueles. Ovie no decía nada al respecto.

Pero yo las entendía.

Quería cambiar mi destino, forzarlo a tomar otro sendero. Quería pararme en el río del tiempo y hacer que fluya en una dirección diferente, aunque sea por un rato.

Si me quedaba en el camino de las Mercies, el camino de las muertes tristes, sin gloria, rápidas y silenciosas, solo ellas tendrían recuerdos de Frey en sus corazones una vez que yo muriera.

Siggy había dicho que había honor en una vida de incógnito y ordinaria. Decía que era algo para lo que se necesitaba valor. Pero no estaba de acuerdo con ella en esto, y en otras cosas.

No quería morir como la mujer de la seda, sola en el bosque, sola en el mundo, sin felicidad, ni amor, ni chispa, luego de un último trago de Vite, con la barbilla en alto, el cuello cortado, el cuerpo en el suelo, sobre

un charco de sangre, siendo comida de medianoche para algunas bestias hambrientas.

Quería ser conocida. Quería que cantaran sobre mí. Quería que los hombres y mujeres me cargaran sobre sus hombros, que gritaran mi nombre hacia el techo.

Era una muchacha sin familia, ni hogar, ni fortuna y, aun así, mi sangre cantaba una canción de gloria.

Juniper decía que a los dioses les gustaba jugar con las personas que soñaban a lo grande. Pero los dioses nunca habían hecho mucho por mí y no les tenía miedo.

Estiré mis brazos sobre Ovie, buscando los dedos cálidos de Trigve en la oscuridad. Presioné su mano. A menudo el sueño lo evadía, al igual que a mí.

Cuando finalmente me quedé dormida, mis sueños fueron turbulentos. Aullidos de lobos en la intemperie fría del invierno. La luz sinuosa y blanca de la luna sobre un campo oscuro. Sangre roja y pesada sobre una roca gris.